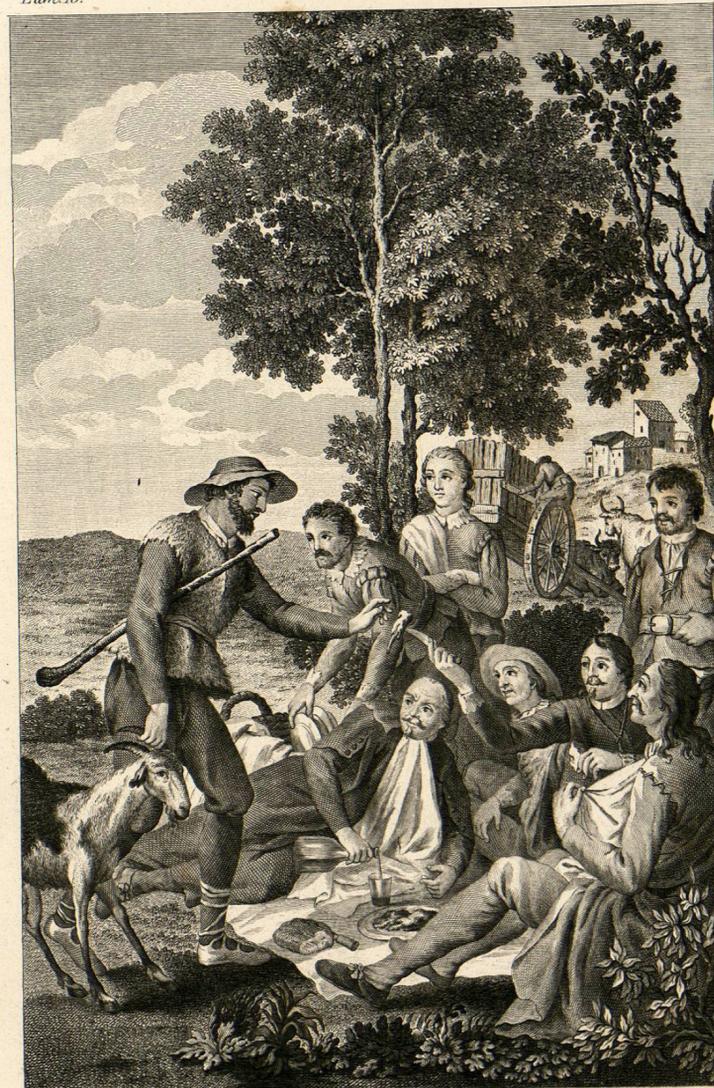


y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas qué desear, y no teniendo mas qué desear, acabóse, y el Estado venga, y á Dios, y veámonos, como dijo un ciego á otro.— No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero, con todo eso, hay mucho qué decir sobre esta materia de condados.” Á lo cual replicó Don Quijote: “Yo no sé qué haya mas qué decir; solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.” Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído, y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y, haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, por que el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y, estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila que, por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero, dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y, asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: “¡Ah cerrera, cerrera, *Manchada, Manchada!* y ¿cómo andais vos estos dias de pié cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me direis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais? Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo menos estareis segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?” Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: “¡Por vida vuestra, hermano! que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño: que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera; y, en tanto, descansará la cabra;” y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciolo el cabrero; bebió y sosegóse, y luego dijo:



Antonio Carnicero la inventó y dibujó.

Joachin Ballester la grabó en Madrid 1780.

"No querría que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad, que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.—Eso creo yo muy bien, dijo el cura; que ya yo sé de experiencia, que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.—Á lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y, para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que, sin ser rogado, me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mía." Á esto, respondió Don Quijote: "Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo, por mi parte, os oiré, hermano, de muy buena gana; y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos.—Saco la mía, dijo Sancho; que yo, á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días, porque he oído decir á mi señor Don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan á salir della en seis días; y, si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refacción, como se la daré, escuchando el cuento deste buen hombre.—Así la daremos todos á las nuestras," dijo el canónigo; y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido había. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole: "Recuéstate junto á mí, Manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero." Parece que lo entendió la cabra, porque, en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él, con mucho sosiego, y, mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera: